



José Luis Olaizola

UN NOVIO
PARA CECILIA

© 2019, José Luis Olaizola
© Ilustrador: Daniel Ballarín
© 2019, Alexia Editorial, S. L.

Primera edición: enero de 2019
Segunda edición: mayo de 2024

ISBN: 978-84-949384-2-9
Depósito Legal: M. 4.116-2019

Realización gráfica: Safekat, S. L.
Impreso en España - Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

A mis queridos nietos Miguel y Antonio
con el cariño de su abuelo.

CAPÍTULO 1

Alicia era una niña de nueve años con fama de ser muy lista para lo que le interesaba. Y la verdad es que le interesaban muchas cosas.

Ricardo, por su parte, era un chaval de ocho años que no parecía ser tan listo, pero en cambio era muy simpático y cariñoso, sobre todo con su madre.

Los dos vivían en el mismo edificio de un barrio muy elegante de Madrid, con la diferencia de que el piso de Alicia era muy bueno y el de Ricardo no.

Era un edificio antiguo y señorial en el que apenas vivían familias, ya que los pisos estaban ocupados casi todos por oficinas. De familias solo quedaba un matrimonio con hijos muy mayores y una señora extranjera que vivía sola. Luego estaba

la familia de Alicia, que era corriente: el padre era abogado y la madre, dueña de una peluquería de señoras muy elegante. Tenía un hermano mayor que casi nunca estaba en casa. Como era muy listo, estudiaba en el extranjero con una beca. Alicia esperaba ser algún día tan lista como su hermano mayor, o más. Era un poco creída y vanidosa, pero buena persona.

En cambio, la familia de Ricardo era muy especial; solo tenía madre, que era la portera del edificio.

A pesar de las diferencias, como Alicia y Ricardo eran los únicos niños del edificio, se llevaban bastante bien. Además, iban al mismo colegio. Alicia pagando y Ricardo sin pagar, lo cual le daba un poco de vergüenza.

No siempre se llevaban tan bien, pero siempre por culpa de Alicia que hablaba mucho y presumía bastante. En cambio, Ricardo hablaba poco y por eso parecía menos listo. Sin embargo, la directora del colegio siempre decía:

«Este niño de tonto no tiene un pelo. Lo que pasa es que es muy tímido y le da vergüenza todo»

Una de las cosas por las que se enfadaban, era que Alicia presumía de tener un duende por parte de padre y otro por parte de madre que siempre le estaban haciendo regalos.

–Mira qué estuche más bueno me ha puesto el duende de mamá –le decía a Ricardo.

–¿Y por qué te lo ha puesto? –se admiraba Ricardo.

–Porque me he portado bien.

Eso le extrañaba al chico, porque a él no le quedaba más remedio que portarse bien siempre. Si no, su madre se disgustaba porque desde que se había quedado viuda se disgustaba con gran facilidad. Incluso se disculpaba y se le saltaban las lágrimas cuando Ricardo se portaba demasiado bien o traía buenas notas del colegio.

«¡Ay! Lo que hubiera disfrutado tu padre con un hijo tan bueno»

Ricardo apenas se acordaba de su padre porque falleció siendo él muy pequeño, pero por lo

que le contaba su madre debía de haber sido una gran persona.

–¿Y por qué era una gran persona? –le preguntaba Alicia.

–Porque nos quería mucho.

–¿Solo por eso? –se extrañaba Alicia–. Todos los padres quieren a sus hijos. Vaya una cosa.

A esto no le respondía Ricardo, porque a Alicia a veces era mejor no contestarle, ya que si no, se le ocurrían nuevas preguntas y a veces eran muy difíciles de contestar. Por ejemplo, le decía:

–Si tu padre se ha muerto hace un montón de años, más de cinco, ¿no es hora de que tu madre se vaya olvidando de él? ¿No crees tú?

Ante esta interpelación Ricardo se limitaba a encogerse de hombros.

CAPÍTULO 2

Con lo de los duendes se ponía muy pesada y Ricardo a veces dudaba si le estaba tomando el pelo. Un día le enseñaba el estuche; otro, un libro con tapas duras, de los caros, o un videojuego, y le decía que en cuanto cumpliera los trece años seguro que le ponían teléfono móvil de los buenos.

–¡Pero qué morro tienes! –se admiraba Ricardo–. Anda que decir que crees en los duendes...

–Yo creo en todo lo que me conviene –le replicaba la niña–. En el hada de los dientes, en que la Coca Cola Zero no engorda y, por supuesto, en los duendes.

A Ricardo no le extrañaba demasiado, porque se daba cuenta de que los padres de Alicia tenían

bastante dinero. La peluquería de la madre siempre estaba llena de señoras muy elegantes, y el padre conducía un coche muy bueno y muy grande. En aquel edificio todos parecían ricos, hasta los de las oficinas, porque iban con corbata y también conducían coches grandes. Su padre había trabajado en una de esas oficinas en su tiempo, pero no sabía si era de los de corbata, porque de dinero no había dejado ni un céntimo. Por eso a su viuda le dieron la portería.

La portería se la dio el Presidente de su oficina, don Juan, cuya empresa era la dueña de todo el edificio. Los de las otras oficinas protestaron porque querían que el portero fuera hombre y con uniforme. Eso daba más prestigio. Sin embargo, don Juan, que era muy guasón, manifestó con sorpresa.

—¿No creen que da más prestigio tener una portera guapa como Cecilia que no un señor con bigote?

Esto lo dijo en el portal y, por casualidad, lo escuchó Ricardo. La verdad es que se quedó

sorprendido. Ya sabía que su madre no era fea, pero le parecía una señora mayor, como todas las madres. Por su parte, él solo entendía de guapas y feas tratándose de chicas muy jóvenes. Como mucho la profesora de inglés, que le parecía guapísima, y como era inglesa, hablaba con un acento muy gracioso.

Entonces le preguntó a Alicia:

—¿Tú crees que mi madre es guapa?

—Muy guapa —le contestó sin dudarle.

—¿Pero no es un poco mayor para ser guapa?

—¿Tú eres tonto o qué? ¡Qué tendrá que ver la edad! Además, ¿cuántos años tiene tu madre?

—Por lo menos treinta.

—Pues está estupenda. Bueno —rectificó—, no siempre. Cuando se arregla está muy bien, pero cuando le da por ponerse triste y no arreglarse, baja mucho.

Ricardo salió en defensa de su madre.

—¡Oye! No está triste por gusto. Es que se acuerda de mi padre.

A esto Alicia tuvo una salida de las suyas. Sorprendente.

–Ya está bien de acordarse de tu padre. Tu madre lo que necesita es un novio.

Lo último que se le hubiera ocurrido a Ricardo.

–Pero... ¿qué dices?

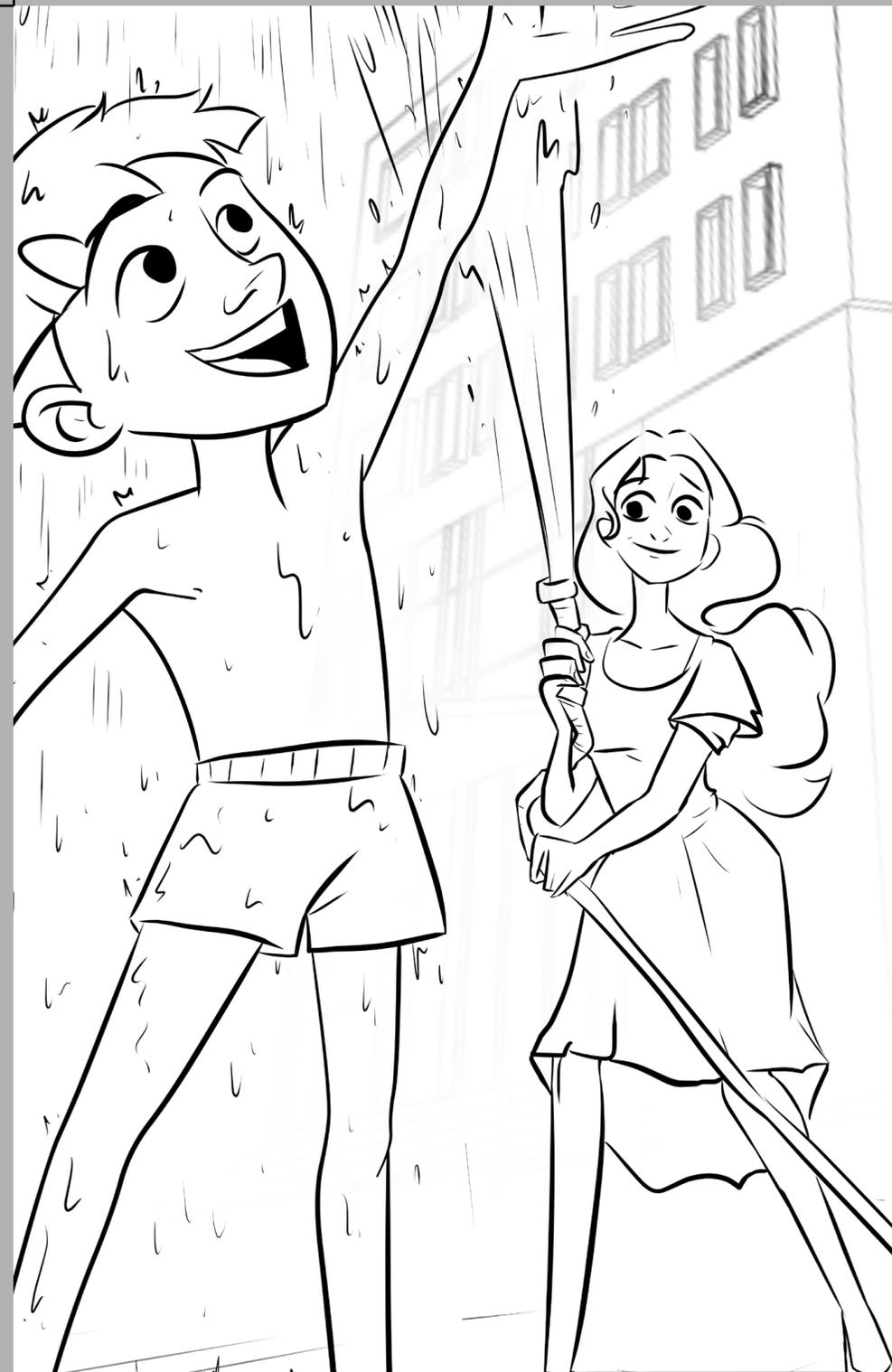
–No lo digo yo. Lo dice mi madre, que más de una vez le he oído comentar: «A Cecilia lo que le convendría es un hombre que le saque de la portería». Y mi madre de estas cosas entiende un montón.

–Pues que sepas que la portería a mí me gusta más que un piso –replicó Ricardo.

–Y a mí –admitió Alicia.

Les gustaba tanto porque aunque era un piso pequeño y oscuro, daba a un patio muy bueno para jugar. Además se comunicaba con un solar que era como un jardín abandonado. Se decía que en aquel sitio iban a construir un edificio de muchas plantas, pero mientras tanto lo tenían a su disposición.

Servía para muchas cosas.



Por ejemplo, en verano, los días de mucho calor, Ricardo se ponía en traje de baño y su madre le regaba con una manguera. A él le gustaba imaginarse que estaba bajo un torrente en la montaña. Algún domingo, su madre también se ponía el traje de baño y le regaba él. Tenía que ser en domingo, porque a aquel patio solo daban las oficinas y, como en domingo estaban cerradas, nadie les podía ver.

A su madre le gustaba tomar el sol en el patio y con ello se le ponía mejor cara. También disfrutaba con las flores. Le encantaba tenerlas en sus tiestos, sobre todo las hortensias, que quedaban muy bien al resguardo de una pared.

A pesar de tantas ventajas, la madre se quejaba de que no fueran felices del todo. Ricardo se callaba, pero pensaba que él era suficientemente feliz. Cierto es que no tenía padre, pero en cambio tenía más madre que otros.

Sin ir más lejos, Alicia se lamentaba de que a su madre le veía muy poco porque se pasaba casi todo el día en la peluquería. Y luego a su padre

tampoco le veía demasiado porque viajaba mucho.

En cambio, su madre y él siempre estaban juntos.

Cuando la madre no se ponía triste, se mostraba muy contenta y siempre agradecida a don Juan. A Ricardo le decía:

–Gracias a él podemos vivir en este piso en el que no nos falta de nada. Y encima algo podemos ahorrar.

Ella estaba empeñada en ahorrar para que Ricardo pudiera estudiar una buena carrera, a poder ser ingeniero, que es lo que le hubiera gustado al padre.

–¿Te gustaría ser ingeniero? –le preguntaba a su hijo.

Y este se encogía de hombros.

–Bueno –concluía la madre–, cuando llegue el momento de elegir la carrera, se lo consultaremos a don Juan.

–¿Por qué a don Juan? –se interesaba Ricardo. La respuesta de su madre fue sorprendente.

–Porque todo lo que tiene de feo lo tiene de listo y, sobre todo, de buena persona.

Le dejó pensativo lo de que el presidente fuera feo, porque a él le parecía normal y, como de costumbre, lo comentó con Alicia que se echó a reír y le dijo:

–¡Tú de guapos y feos entiendes poco! –Y como era un poco resabiada le comentó–: Careces de sensibilidad para estas cuestiones. ¡A lo mejor yo te parezco fea!

–No eres fea –le tranquilizó Ricardo muy serio.

–¡Menos mal! –Y a continuación le dio su opinión sobre el presidente–. Lo que ocurre es que es un poco bajo, pero a mí no me parece feo. Mi madre dice que debe de ser listísimo porque con lo joven que es, ya es el que más manda en la empresa y en todo el edificio. Además, mi madre también dice que a los hombres no les hace falta que sean guapos. Basta con que sean listos.

–¿Tú crees? O sea, que yo no hace falta que sea guapo –se interesó Ricardo.

–No sé qué decirte. Igual a ti te conviene ser guapo, porque muy listo no eres.

–Pues la directora del cole dice que tonto no soy.

–Bueno, pues ella entiende más que yo de eso –admitió Alicia, y para compensar lo que le había dicho antes, añadió–: Tú lo que eres es muy simpático.

–¿Por qué soy simpático?

–Porque nunca te enfadas.

–Bueno.

–El que también es muy simpático es don Juan. Con lo importante que es, siempre que me ve se para a saludarme y me dice algo gracioso. También me dice que soy muy guapa. No como tú, que solo me dices que no soy fea...

–Igual es que don Juan es más simpático que yo.

–Eso seguro. –Y a continuación le recordó el asunto principal–: Vete pensando en lo del novio para tu madre.